

La imagen del diablo en la vida y escritos de San Juan de la Cruz

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ

Especialista en San Juan de la Cruz

I. PRESENTACIÓN

1.1. Analizados hace ya muchos años cuidadosamente los textos sanjuanistas alusivos al demonio por Nilo di San Brocardo¹, ilustrada también por otros investigadores la presencia del diablo en el magisterio de San Juan de la Cruz², importa señalar en seguida el alcance de nuestro estudio.

Nos limitaremos a destacar algunas notas más características de la figura o imagen del diablo tal como la detectó y diseñó Juan de la Cruz. Nos referiremos no sólo a las obras³ del santo, sino también a su vida, en la que no faltan diversos lances y batallas con el maligno.

Al final daremos un juicio de valor, aunque sea muy limitado.

¹ *Demonio e vita spirituale*, en VARIOS: «Sanjuanistica», Roma, 1943, pp. 135-223.

² Lucien-Marie de SAINT JOSEPH: *Le démon dans l'oeuvre de saint Jean de la Croix*, en *EtCarmel*, 27 (1948), 86-97; Marie Régis de ST. JEAN: *Vie mystique et démon: essai su l'ingerence du démon dans la vie spirituelle d'après le docteur mystique Saint Jean de la Croix et le romancier Georges Bernanos*, en *Cahiers Carmélitaines*, 6 (1955), 26-64; Johanna M. vom KREUZ: *Die Bedeutung des Dämons im geistigen Leben nach der Lehre des hl. Johannes vom Kreuz*, en *Jahrbuch für mystische Theologie*, 3 (1957), 163-210.

³ Me serviré de la ed. de *Obras Completas* (José Vicente-Federico), EDE, Madrid, 1980, y de las siglas allí señaladas, p. XXIX.

1.2. Los rasgos para un retrato-robot o foto-robot o identikit del Satán sanjuanista son los siguientes:

- envidioso;
- mentiroso-engañador;
- malicioso-astuto;
- soberbio;
- fuerte.

Escogemos estos rasgos como más significativos, sabiendo que podríamos añadir algunos más.

1.3. Advierto ya desde ahora que aunque estudie cada una de estas notas distintivas de por sí, están de tal manera relacionadas unas con otras que se postulan mutuamente. Se postulan recíprocamente y de un modo tan fuerte por tratarse, no de teorías sobre la envidia, mentira, astucia, etc., sino por tratarse de un sujeto: *el demonio*, que es todo eso en grado superlativo, y en el que la envidia alimenta la malicia, y la malicia atiza la envidia, y así sucesivamente. Por lo mismo, y por necesidad de cosas, hay no pocas interferencias entre los textos sanjuanistas, que están íntimamente relacionados o integrados y hablan a veces de varias cosas al mismo tiempo.

II. ENVIDIOSO

2.1. Acerca de la psicología del envidioso en lo humano ha escrito Juan de la Cruz una buena página cuando habla de las imperfecciones acerca de la envidia como muy contraria a la caridad (1N 7,1).

La envidia diabólica mereció también la atención del santo aun antes de escribir nada sobre el maligno. Cuando en 1574 le tocó intervenir en el caso de María de Olivares, la monja agustina posesa de Santa María de Gracia en Avila, Juan de la Cruz va sumando datos y más datos hasta concluir, vista la sintomatología, en la posesión diabólica.

Un signo muy claro para él fue que la posesa «lloraba por-

que había quien amase a Dios»⁴. Estas lágrimas traducidas al lenguaje del puro catecismo significaban *pesar del bien ajeno*, y ¡de qué bien!, que define la envidia y al envidioso⁵.

Es una lástima que ande extraviado o se haya perdido sin remedio el dictamen escrito que dio Juan de la Cruz acerca de la posesa y que estaba alegado en el proceso. Lo normal es que motivase debidamente su fallo resolutorio, y, sin duda, habrá puesto en él algo sobre *la señal de la envidia*, además de lo que dijese de viva voz en el tribunal de Valladolid⁶.

2.2. Fruto de este discernimiento de la acción diabólica y de otras experiencias, conocimientos y reflexiones es el juicio sumarásimos que da: *el demonio, «por su gran malicia, todo el bien que en ella (en el alma) ve, envidia»* (CB 16,2). Y porque envidia entra en acción a lo largo de todo el camino espiritual. Es decir, su envidia no es puro reconcomio, no es envidia de signo estático, sino dinámico y agresivo; por eso uno de los enemigos que hacen guerra y dificultan el itinerario del alma es el demonio (CB 3,6), que procura tomar el paso de este camino (CB 3,9); «sale a tomarle el paso» al alma (CB 16,6) como un auténtico salteador de caminos. En la famosa digresión de *los tres ciegos* que podrían sacar al alma del camino, el segundo es el demonio (LB 3,29), que quiere que «como él es ciego, también el alma lo sea» (ibíd., 63), y se pone en el paso del sentido al espíritu (ibíd., 64). Es, espiritualmente hablando, adversario del alma (CB 40,3); uno de los tres enemigos clásicos del hombre (Cautelas, núms. 1, 2,10-13; 1N 13,11,14; 2N 16,2; CB 3,1). Cuanto más envidioso, más enemigo, y cuanto más enemigo, más envidioso. Este es su sino.

2.3. Se puede seguir su estela maligna a lo largo de los escritos sanjuanistas y verlo en acción en las diversas coyuntu-

⁴ Así lo declara María del SACRAMENTO: *Biblioteca Mística Carmelitana* (= BMC), 14, 205.

⁵ Cfr. 1N 7,1. Esto mismo define al demonio que tiene «grande envidia y pesar de aquel bien y paz del alma» (CB 21,9); que «tiene grave pesar y envidia» (LB 3,63). El calificativo de *envidioso* no se lo ahorra al demonio (3S 15,3; CB 16,3).

⁶ En *Obras*, ed. cit., pp. 1309-1310, doy los nuevos datos sobre el caso. Más detalles en Crisógono de Jesús: *Vida de San Juan de la Cruz*. Revisada y aumentada por Matías del Niño Jesús; BAC, 11.ª ed., Madrid, 1982, c.7, pp. 122-127.

ras por las que pasan las almas. En ataque o en retirada, que así es su tarea.

2.4. *Ejemplos*: Cuando las personas son favorecidas con aprehensiones sobrenaturales de Dios por medio de los sentidos externos (2S 11). En estas cosas el demonio «tiene más mano, y más fácilmente puede engañar en esto que en lo que es más interior y espiritual» (ibíd., 3)⁷. La falta de discreción del alma, el deseo de estas cosas, de esta fenomenología, la poca decisión en dejarlo todo a un lado, aunque sea de Dios, es meterse en un terreno sumamente resbaladizo donde el demonio sabrá «disimular y disfrazar» comunicaciones de las suyas haciéndolas pasar por de Dios (ibíd., 7).

2.5. Cuando se trata de visiones y revelaciones por vía de los sentidos internos (2S 16). Al «sentido de la imaginación y fantasía» (2S 16,4) acuden Dios y el demonio. Juan de la Cruz, como quien recuerda sus impresiones juveniles de las ferias de Medina del Campo, explica que acuden ambos: Dios y el demonio «como a puerto o plaza de provisión» del alma, ofreciéndole cada uno «sus joyas de imágenes y formas sobrenaturales» (ibídem, 4). Dios, además de concurrir a esta oferta, tiene otras posibilidades superiores⁸; el demonio, que no se desmiente a sí mismo, «acude con sus ardides⁹, ahora naturales, ahora sobrenaturales» (ibíd., 4). En las personas poco humildes aumenta secretamente la autoestima y les «comienza a poner un concepto acerca de los otros, en si tienen o no tienen las tales cosas, o son o no son; lo cual es contra la santa simplicidad y soledad espiritual» (2S 18,3).

2.6. Además del peligro que corre el alma por los engaños de este gran chalán que es el diablo y que le vende una cosa por otra, hay coyunturas peligrosísimas que él sabe explotar di-

⁷ Le gusta referirse a *la mano*, meter la mano, tener mano, para significar lo entrometido que es el demonio (2S 11,8; 26,14; 27,3,6; 29,10; 3S 4,1; 8,2; Caut. n.12).

⁸ «Dios no sólo se aprovecha de este medio para instruir al alma, pues mora sustancialmente en ella, y puede por sí y por otros medios» (2S 16,4).

⁹ Astucia, artificios empleados hábil y mañosamente para lograr sus intentos malignos.

vinamente. Así sucede en el caso de quienes, faltos de fe y de discreción, quieren tratar con Dios por caminos extraordinarios y se aventuran a «querer saber cosas por vía sobrenatural», dejando a un lado las sendas de la razón y de la doctrina evangélica, por las que Dios quiere que se remedien nuestros males.

A preguntas que se lanzan por estos caminos, algunas veces contesta Dios enojado, disgustado, molesto. Contesta por sus motivos (2S 21,2-3).

Otras veces responde el demonio, que intercepta la llamada y se hace con la pregunta. Y hablando más en general, entre las visiones y revelaciones auténticas de Dios «hay ordinariamente... muchas que son del demonio». Y esto ¿por qué? Pues «porque comúnmente anda en el alma en aquel traje y trato que anda Dios con ella, poniéndole cosa tan verosímil a las que Dios le comunica, por injerirse él a vueltas, como el lobo entre el ganado con pellejo de oveja, que apenas se puede entender» (2S 21,7). Aquí vemos se sirve de su luz natural¹⁰ y también de su experiencia, sabiendo más por viejo que por diablo¹¹, y se sirve de todo esto estimulado por su deseo de engañar y de hacer daño para perjudicar a las almas.

2.7. Donde pueda hacer daño allí está él. Por desgracia, también su envidia y malicia se agudizan, y donde más daño pueda hacer allí emplea del modo más sutil y fuerte sus poderes. A las almas especialmente adelantadas en los caminos del espíritu trata de derribarlas como sea. Conociendo la «prosperidad del alma» que ya ha llegado al desposorio espiritual y se dispone para el matrimonio, a este tiempo el enemigo «usa de toda su habilidad y ejercita todas sus artes para poder turbar en el alma siquiera una mínima parte de este bien» (CB 16,2), que está disfrutando en la comunicación con Dios. Juan de la Cruz discierne las intenciones del demonio en este caso diciendo: «Porque más precia él impedir a esta alma un quilate de esta su riqueza y glorioso deleite que hacer caer a otras muchas

¹⁰ «Es cosa facilísima, a quien tiene clara la luz natural, conocer las cosas, o muchas de ellas, que fueron o que serán, en sus causas. Y como quiera que el demonio tenga esta luz tan viva, puede facilísimamente colegir tal efecto de tal causa» (2S 21,7-8, donde pone varios ejemplos para confirmar su doctrina).

¹¹ Lo viene a decir casi con estas palabras: 2S 21,10-11.

en otros muchos y graves pecados, porque las otras tienen poco o nada que perder y ésta mucho, porque tiene mucho ganado y muy precioso»; y por si no quedaba clara la idea aporta un ejemplo evidente: «Así como perder un poco de oro muy primo es más que perder mucho de otros bajos metales» (ibíd., 2).

2.8. En un contexto paralelo y de preparación del alma por parte del Espíritu Santo para el matrimonio espiritual vuelve Juan de la Cruz a insistir en lo mismo. Ante esta situación del alma el demonio «tiene grave pesar y envidia, porque ve que no solamente se enriquece el alma, sino que se le va de vuelo y no la puede coger en nada» (LB 3,63).

Si otras veces compara al demonio con el tratante¹², ahora le parangona al pescador: «De esta manera¹³, por poco más que nada, causa gravísimos daños, haciendo al alma perder grandes riquezas, sacándola con un poquito de cebo, como al pez, del golfo de las aguas sencillas del espíritu, donde estaba engolfada y anegada en Dios sin hallar pie ni arrimo» (LB 3,64). Sin abandonar el símil marino enjuicia una vez más el intento demoníaco: «Y hace el demonio tanto caso de esto, que es para admirar que, con ser mayor un poco de daño en esta parte que hacer muchos en otras almas muchas, como habemos dicho, apenas hay alma que vaya por este camino que no la haga grandes daños y haga caer en grandes pérdidas» (ibíd.).

2.9. ¿Le cuesta mucho al demonio producir este daño? Juan de la Cruz, experto, responde: «Mas es con tanta facilidad las riquezas que estorba y estraga a estas preciosas almas, que, con preciarlo él más que derribar muchas de otras, no lo tiene en mucho por la facilidad con que lo hace y lo poco que le cuesta» (ibíd.). Obsesionado dichosamente por la preciosidad de estas almas, sigue denunciando el arte de impugnar que lleva el diablo «porque admirables rayos de divinas noticias hace perder a las almas ilustradas y precioso oro de matices divinos quita y derrama a las almas ricas» (ibíd.).

¹² 2S 16,4; 3S 38,3: «¡Cuántas fiestas, Dios mío, os hacen los hijos de los hombres en que se lleva más el demonio que Vos! Y el demonio gusta de ellas, porque en ellas, como el tratante, hace él su feria».

¹³ Ofreciendo al alma noticias particulares y jugos.

2.10. De los parangones del mercader y del pescador pasa en otro contexto al de la caza, tratando por todos los medios de hacer entender el estrago que produce Satanás en la vida. Siempre como motivación a tener en cuenta aparece la envidia, la «muchacha envidia de la paz y recogimiento interior» del alma que tiene el demonio. A todas las turbaciones que moviliza para sacar de esa paz llama «*raposas*, porque así como las ligeras y astutas raposillas con sus sutiles saltos suelen derribar y estragar la flor de las viñas al tiempo en que están floridas, así los astutos y maliciosos demonios con estas turbaciones y movimientos ya dichos¹⁴, saltando, turban la devoción de las almas santas»¹⁵.

III. MENTIROSO-ENGAÑADOR

3.1. Conjuro a la mencionada María de Olivares en Avila, le dice Juan de la Cruz que traduzca las palabras del Evangelio de San Juan: *Verbum caro factum est et habitavit in nobis*. «El Hijo de Dios se hizo hombre y vivió con *vosotros*», traduce rápidamente la monja.

«¡Mientes! —replica fray Juan—: las palabras no dicen ‘con vosotros’, sino ‘con nosotros’»¹⁶.

3.2. Siendo prior de los Mártires en Granada, un día le llaman para que conjure a una joven posesa. La muchacha, mientras fray Juan se ha retirado a hacer oración, comienza a gritar: «¡Que no puedo vencer a este frailecillo y ni le puedo entrar por ninguna parte para hacerle caer; que me anda persi-

¹⁴ De todo ello hace un elenco pormenorizado: «Pide en esta canción a los ángeles y ministros de Dios que entiendan en apartar de ella todas aquellas cosas que pueden derribar y ajar la dicha flor y fragancia de sus virtudes, como son todas las turbaciones, tentaciones, desasosiegos, apetitos (si algunos quedan), imaginaciones y otros movimientos naturales y espirituales, que aquí pone nombre de *raposas*, que suelen impedir al alma la flor de la paz y quietud y suavidad interior, al tiempo que más a su sabor la está gozando el alma en sus virtudes junto a su Amado».

¹⁵ CA 25.2. En nuestra ed. cit., p. 1120, nota 3, ya dejamos advertido: «Descripción gráfica estupenda de la ligereza y astucia de las raposillas. En CB 16,5 anula este paso y lo suple con «así como las raposas se hacen dormidas para hacer presa cuando salen a caza». Literariamente mejor y más gráfico en CA.

¹⁶ Cfr. CRISÓGONO: *Vida*, ed. cit., p. 125. Véase más adelante nota 40.

guiendo muchos años ha en Avila, en Torafe (Iznatoraf) y aquí!». Cuando Juan Evangelista, su compañero, le cuenta todas las alabanzas que el diablo, por boca de la endemoniada, ha dicho de él, Juan de la Cruz replica: «¡Calle, hijo, no crea a ese demonio, que son mentiras cuanto dice!»¹⁷.

3.3. Al juicio que tiene formado del diablo como mentiroso y padre de la mentira hay que añadir no pocas de sus afirmaciones escritas en esta misma línea.

Dando un repaso a la Biblia se fija en aquellas intervenciones en las que queda manifiesta esta cualidad diabólica: ser un mentiroso, el mentiroso. Enfrente o en contra de las intervenciones de Dios, que se manifiesta por medio de imágenes y representaciones a sus profetas (Is 6,2-4; Jer 1,11; Dan 7,10; etcétera), «el demonio procura con las suyas, aparentemente buenas, engañar al alma, como es de ver en el (libro) de los Reyes, cuando engañó a todos los profetas de Acab, representándoles en la imaginación los cuernos con que dijo había de destruir a los asirios, y fue mentira (3 Reg 22,11). Y las visiones que tuvo la mujer de Pilatos (Mt 27,19) sobre que no condenase a Cristo, y otros muchos lugares» (2S 16,3).

3.4. Esa capacidad de mentir y engañar se ve aumentada indirectamente cuando Dios, por sus justos juicios, se lo permite más abundantemente, viniendo a ser Dios causa de todos esos daños, *causa privativa*, puntualiza Juan de la Cruz, «que consiste en quitar él su luz y su favor; tan quitado, que necesariamente vengan en error» (2S 21,11)¹⁸.

Con el retiro de la luz y favor del cielo «da Dios licencia al demonio para que ciegue y engañe a muchos, mereciéndolo sus pecados y atrevimiento. Y puede y se sale con ello el demonio, creyéndole ellos y teniéndole por buen espíritu. Tanto, que aun-

¹⁷ *Ibid.*, p. 257.

¹⁸ Un ejemplo de esta especie de acción punitivo-privativa de Dios encuentra Juan de la Cruz en el proceder del Señor con quienes con «sus oraciones ceremoniáticas» no hacen más que tentarle «y enojarle gravemente; tanto, que algunas veces da licencia al demonio para que los engañe, haciéndolos sentir y entender cosas harto ajenas del provecho de su alma, mereciéndolo ellos por la propiedad que llevan en sus oraciones, no deseando más que se haga lo que Dios quiere que lo que ellos pretenden» (3S 43,3).

que sean muy persuadidos que no lo es, no hay remedio de *desengañarse* por cuanto tienen ya, por permisión de Dios, ingerido *el espíritu de entender al revés*» (2S 21,12). Con pruebas bíblicas confirma sus afirmaciones ¹⁹.

3.5. Tratando el tema de las palabras interiores sucesivas, asegura que en este campo «mete mucho el demonio la mano, mayormente en aquellos que tienen alguna inclinación o afición a ellas» (2S 29,10).

Recurriendo a su *poder de sugestión* va sembrando falsedades en el entendimiento «y le va precipitando y engañando sutilísimamente con cosas verosímiles». Este modo de comunicarse lo emplea el maligno «con los que tienen hecho algún pacto con él, tácito o expreso, y como se comunica con algunos herejes, mayormente con algunos heresiarcas, informándoles el entendimiento con conceptos y razones muy sutiles, falsas y erróneas» (ibídem).

3.6. El lenguaje de Juan de la Cruz sobre el discipulado y la familia del diablo: «allegados suyos», es fuerte: familia de mentirosos, hechiceros, encantadores, mágicos, ariolos y brujos (3S 31,4-5) ²⁰.

Y acaso en ese clan de discípulos y familiares haya que contar a no pocas personas incautas y de poco saber que de tal

¹⁹ Cfr. 3Reg 22,22; Ez 14,7-9. Se trata ni más ni menos de lo que en otras partes llama *spiritus vertiginis* (Is 19,14), espíritu de revuelta y confusión que «en buen romance, quiere decir espíritu de entender al revés» (2S 21,11). En 1N 14,1-4 habla de nuevo de este «spiritus» y del espíritu de fornicación, igual al ángel de Satanás (2 Cor 12,7), y habla asimismo del espíritu de blasfemia que constituyen una serie de pruebas y tentaciones integradas en la noche pasiva del sentido.

²⁰ En estos textos sanjuanistas: 2S 29,10; 3S 31,4-5, etc., se entrevé algo así como el *cuerpo místico del demonio*. Juan de OROZCO y COVARRUÍAS, en su *Tratado de la verdadera y falsa profecía* (cfr. más adelante 7,11 y nota 49), habla de ello claramente: «Y porque la verdad no puede tener otro contrario sino la mentira, como la luz no puede tener otro contrario sino las tinieblas, todo su negocio ha sido inventar mentiras y falsedades, porque muy desde el principio fue mentiroso, y siempre inventor y padre de las mentiras, y con esto ha pretendido y pretende oscurecer la verdad que en la Iglesia de Dios se conocía, y como dijimos, es la congregación de los fieles a quien nuestro adversario quiso oponer otra iglesia y junta de malos y perversos que nunca han faltado, aunque jamás hubo en ellos orden ni sucesión, sino propiamente gavilla, que decimos, de tales como es el dueño de ellos» (lib. 1.º, c.9, fol. 25v).

manera se aseguraron en recibir comunicaciones extra: preternaturales o sobrenaturales, «que muchas de ellas tuvieron mucho que hacer en volver a Dios en la pureza de la fe y muchas no pudieron volver, habiendo ya el demonio echado en ellas muchas raíces» (2S 11,8). Las raíces cuasi genéticas o cromosómicas del padre de la mentira y del embuste.

3.7. Su *poder de sugestión* se desata también cuando se trata de noticias e inteligencias acerca de las criaturas (2S 25,2; 2S 26,17); mentiras no intrascendentes o etéreas, sino relativas a «pecados ajenos, y conciencias malas, y malas almas, falsamente y con mucha luz, todo por infamar y con gana de que se descubra aquello, porque se hagan pecados, poniendo celo en el alma de que es para que los encomiende a Dios» (2S 26,17). Todo esto y muchas cosas más sugiere el demonio «falsamente, para inducir en infamias y pecados y desconsuelos». Y concluye el santo, después de este alegato: «...de que tenemos muy mucha experiencia» (ibíd.). Experiencia superlativa.

3.8. Tratando de las imperfecciones que tienen los aprovechados que ya han pasado la noche pasiva del sentido escribe una de las páginas más duras de todos sus libros, alertando a los espirituales que disfrutan a manos llenas de tantas comunicaciones y aprehensiones espirituales. En estas circunstancias el demonio «con gran facilidad embelesa y engaña» a la persona espiritual, «no teniendo ella cautela para resignarse y defenderse fuertemente en fe de todas estas visiones y sentimientos» (2N 2,3). El organigrama del demonio es perfecto: «Porque *aquí* hace el demonio creer a muchos visiones vanas y profecías falsas; *aquí* en este puesto les procura hacer presumir que habla Dios y los santos con ellos, y creen muchas veces a su tantasia; *aquí* los suele el demonio llenar de presunción y soberbia y, atraídos de la vanidad y arrogancia, se dejan ser vistos en actos exteriores que parezcan de santidad, como arrobamientos y otras apariencias. Hácense así atrevidos a Dios, perdiendo el santo temor, que es llave y custodia de todas las virtudes. Y tantas falsedades y engaños suelen multiplicarse en algunos de éstos, y tanto se envejecen en ellos, que es muy dudosa la vuelta de éstos al camino puro de la virtud y verdadero espíritu» (ibíd., 2).

Esa serie de «*aquí*» hace ver cómo el demonio es realista en sus cosas y sabe aprovechar muy bien las ocasiones concretas.

3.9. Una de las astucias más ordinarias del demonio para engañar a los espirituales «es engañarlos debajo de especie de bien y no debajo de especie de mal; porque sabe que el mal conocido apenas lo tomarán»²¹.

3.10. Ya San Pablo, atacando a los pseudoapóstoles que trataban de camuflarse de verdaderos apóstoles de Cristo, recurre en último análisis al comportamiento de Satanás, que se camufla, que «se transfigura en ángel de luz» (2 Cor 11,14), siendo «el príncipe de las tinieblas» y de la mentira (Ef 6,12). A nuestros místicos les traía preocupados ese arte de camuflarse o disfrazarse del demonio para engañar. La misma Santa Teresa, tan valiente y decidida contra Satanás²², temía constantemente ese ardid de la *transfiguración* diabólica²³.

Juan de la Cruz teme también que el demonio se transfigure en ángel de luz; y al socaire del texto paulino (2 Cor 11,14) habla bien claro: «Puede, el demonio, representar en la memoria y fantasía muchas noticias y formas falsas que parezcan verdaderas y buenas, imprimiéndolas en el espíritu y sentido con mucha eficacia y certificación por sugestión, de manera que le parezca al alma que no hay otra cosa, sino que aquello es así como se le asienta, porque, como *se transfigura en ángel de luz*, párecele al alma luz» (3S 10,1).

En tema de imagería el demonio es un mentiroso y aprovechado: «Uno de los medios con que el demonio coge a las almas incautas con facilidad y las impide el camino de la verdad del espíritu, es por cosas sobrenaturales y extraordinarias, de que hace muestra por las imágenes, ahora en las materiales

²¹ *Caut.* n.10. Esta norma general es muy frecuente en la ascética tradicional. San Ignacio, por ejemplo, en sus *Ejercicios*, en las *Anotaciones* previas o prólogo, dice: «La décima: quando el que da los ejercicios siente al que los rescibe, que es batido y tentado debaxo de especie de bien, entonces es propio de platicarle sobre las reglas de la 2.^a semana ya dicha. Porque comúnmente el enemigo de natura humana tienta más debaxo de especie de bien» (*Obras Completas*, BAC, Madrid, 1952, pp. 155-156).

²² Cfr. *Vida* 25,12, 19-22.

²³ Cfr. *Vida* 14,8; CV 38,2; 1M 2,15; 5M 1,1; 6M 3,16.

y corpóreas que usa la Iglesia, ahora en las que él suele fijar en la fantasía debajo de tal santo o imagen suya, *transfigurándose en ángel de luz* para engañar (2 Cor 11,14). Porque el astuto demonio, en esos mismos medios y remedios que tenemos para remediarnos y ayudarnos, se procura disimular para cogernos más incautos; por lo cual, el alma buena siempre en lo bueno se ha de recelar más, porque lo malo ello trae consigo el testimonio de sí» (3S 37,1; cfr. aquí 3,9).

Usando esa misma dialéctica de buscar el estorbo en los mismos medios de santificación identifica el santo al demonio como *segunda causa* de las rebeliones carnales que padecen algunas personas cuando se ponen en oración o cuando están «ejercitando los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía» (1N 4,1-3). Con esto quiere acobardar y espantar a las almas para que dejen esos ejercicios espirituales, vista esa especie de reflejos condicionados a que se ven sujetos.

IV. MALICIOSO-ASTUTO

4.1. Ya nos ha dicho Juan de la Cruz cómo el demonio por su gran malicia es de lo más envidioso (cfr. 2,2). La grandeza de su envidia se nos descubrirá gigantesca viendo la amplitud y entidad de su malicia.

Comentando la canción 30 del CB, *De flores y esmeraldas*, y no acertando a dar a entender la hermosura del entretejimiento que tienen las flores de virtudes y esmeraldas (dones de Dios) entre sí ni sabiendo cómo ponderar la fortaleza y majestad que le vienen al alma, no se le ocurre otra cosa que recurrir al libro de Job. Y precisamente a aquel pasaje donde hablando de Leviatán se dice que «*su cuerpo es como escudos de metal colado, guarnecido con escamas tan apretadas entre sí, que de tal manera se junta una con otra, que no puede entrar el aire por ellas*» (Job 41,6-7). Para Juan de la Cruz aquí se habla del demonio: inicia, de hecho, su discurso diciendo: «Del demonio dice Dios en el libro de Job» (CB 30,10). Citado el texto bíblico acerca de este monstruo marino, comenta: «Pues si el demonio tiene tanta fortaleza en sí, por estar vestido de malicias asidas y ordenadas unas con otras, las cuales son significadas

por las escamas, que su cuerpo se dice ser como escudo de metal colado, siendo todas malicias en sí flaqueza», etc. (ibíd., 10).

4.2. Un modo muy fácil de ver lo que significa en amplitud y en profundidad la malicia del demonio sería fijarnos simplemente en lo que encierra Juan de la Cruz en expresiones como las usadas: *vestido de, guarnecido con*. No es un simple traje externo, sino algo embebido en el ser y en el hacer del sujeto, como cuando habla del alma *vestida de fe* (2N 21,3), revestida de fe, esperanza y caridad, con todo lo que comporta ese revestimiento, ese disfraz en la acción de enamorar a Cristo y de disimularse y ocultarse y defenderse de los émulos o enemigos (2N 21,2-3). Así la malicia diabólica, su vestido de malicia, que a veces se disfraza de bondad, no es algo superficial, sino algo que inspira y gobierna sus pasos en el triste menester de buscar la perdición de los hombres.

4.3. En una serie de refranes que ensarta en LB 4,8, aparece uno que dice: «Y el malicioso (piensa) que los otros son maliciosos, saliendo aquel juicio de su malicia». En el caso del demonio es su malicia la que le impulsa a dañar a los mortales, para que así aumente su familia (cfr. más arriba 3,6).

4.4. Que el demonio, siempre víctima de su malicia envidiosa y de su envidia maliciosa, no renuncia a su quehacer de perjudicar lo hace ver el santo en un capítulo rico de incidencias divino-diabólicas, y en el que «se encuentra la exposición más amplia que el doctor místico ha hecho en sus obras sobre la injerencia del demonio en el orden místico»²⁴. Cuando Dios hace favores o mercedes al alma por «medio del ángel bueno, ordinariamente permite Dios que las entienda el adversario; lo uno para que haga contra ellos lo que pudiese según la proporción de la justicia, y así no puede el demonio alegar de su derecho diciendo que no le dan lugar para conquistar al alma, como hizo en *Job* (1,9-11; 2,4-8). Lo cual sería si no dejase Dios lugar a que hubiese cierta paridad en los dos guerreros, conviene a saber el ángel bueno y el malo, acerca del alma, y así sea la

²⁴ Cfr. 2N c.23, nota 1, p. 642. Hablaremos más adelante con amplitud de este capítulo: cfr. 7,14-7,20.

victoria de cualquiera más estimada, y el alma victoriosa y fiel en la tentación sea más premiada» (2N 23,6). A continuación aduce las pruebas de esta especie de competencia o contienda querida y autorizada o permitida por Dios en cuestión de visiones y otras comunicaciones que el diablo trata de imitar, siendo a todos los efectos una perfecta simia que se desvive por remedar a Dios para engañar al hombre (2S 26,6).

4.5. Todos estos esfuerzos diabólicos, apenas señalados, son otros tantos testimonios de su malicia y astucia. Juan de la Cruz parece deleitarse articulando una teología del demonio paralela a la divina. Advierte que el demonio no tiene *palabras sustanciales* de manera que imprima en el alma «el efecto y el hábito de su palabra» (2S 31,2). Pero establece una excepción temerosa diciendo: «Si no fuese que el alma estuviese dada a él por pacto voluntario y, morando en ella como señor de ella, le imprimiese los tales efectos, no de bien, sino de malicia. Que, por cuanto aquella alma estaba ya unida en nequicia voluntaria, podría fácilmente el demonio imprimirle los efectos de los dichos y palabras en malicia» (ibíd., 2). Lo temeroso, más que nada, es la afirmación hecha de que el demonio puede morar en el alma como señor de ella, y estar no simplemente tentándola, sino imprimiéndole por dentro el sello de su malicia y configurándola a su imagen y semejanza. Juan de la Cruz habla en todo esto, no como un teólogo más o menos enterado de la realidad, sino como alguien que ha experimentado y padecido lo indecible para librar a la monja posesa de Ávila de esta especie de dominio o señorío diabólico, ya que ella se había entregado a Satanás solemnemente, firmando la cédula de entrega con su propia sangre ²⁵.

4.6. Aunque la malicia de Satanás y los suyos sea tan grande, tan extendida y profunda, Juan de la Cruz es el hombre de la esperanza y del optimismo. Sus *Dichos de Luz y Amor* se abren con esta perspectiva, aun reconociendo la abundancia y el poder de la malicia diabólica y humana: «Siempre el Señor

²⁵ CRISÓGONO: *Vida*, ed. cit., p. 125. Sobre este particular declara Inocencio de San Andrés, a quien se lo contó el santo: BMC 14, pp. 63-64.

descubrió los tesoros de su sabiduría y espíritu a los mortales; mas ahora que la malicia va descubriendo más su cara, mucho (más) los descubre» (núm. 1).

4.7. Tiene razón nuestro santo cuando, caracterizando a los tres enemigos del alma, dice del segundo: «El demonio es más oscuro de entender» (Cautelas 2), y sus tentaciones y astucias las más dificultosas de entender (CB 3,9); por eso aconseja a las descalzas de Beas: «Mucho es menester, hijas mías, saber hurtar el cuerpo del espíritu al demonio y a nuestra sensualidad» (Carta 22 noviembre 1587).

V. SOBERBIO

5.1. Como ya dijimos de la envidia (cfr. 2.1), tiene Juan de la Cruz muy analizada y radiografiada la psicología del soberbio (1N 2), y desde la versión humana pasa a la diabólica. Escribiendo acerca de los daños que se le siguen al alma de poner el gozo de la voluntad en los bienes naturales, da su opinión sobre la caída de los ángeles y quiere que el lector considere «cuánto daño fue para los ángeles gozarse y complacerse de su hermosura y bienes naturales, pues por esto cayeron en los abismos feos» (3S 22,6). Por muy paradigmática que le resulte la soberbia y autocomplacencia de los ángeles caídos, en un caso concreto dice con énfasis: «Quien de sí propio se fía, peor es que el demonio» (Dichos, núm. 182). Más claro y con más énfasis: «Y algunos (espirituales) llegan a ser tan soberbios, que son peores que el demonio» (3S 9,2). Este mazazo lo asesta el santo al hablar de la necia presunción y vanidad que tienen ciertas personas, llenas de «secreta estimación y soberbia, y ellos no acaban de entender que están metidos en ella hasta los ojos». El ejemplo del fariseo y su idiosincrasia le llega oportunísimo para caracterizar a estos sujetos (3S 9,2; 1N 2,1).

5.2. Esa soberbia refinada de que adolecen, y que parece superior a la diabólica en ciertos casos, no hay duda de que la han alcanzado también por culpa del demonio, a quien Juan de la Cruz no pierde de vista. Soberbio que quiere ensoberbecer a los demás. Y así le atribuye no poca de esa responsabilidad di-

ciendo: «Y a éstos (principiantes) muchas veces les acrecienta el demonio el fervor y gana de hacer estas y otras obras porque les vaya creciendo la soberbia y presunción, porque sabe muy bien el demonio que todas estas obras y virtudes que obran no solamente no les valen nada, mas antes se les vuelven en vicio» (1N 2,2).

5.3. El mismo demonio, por medio de las formas, noticias y discursos que puede añadir en la vida del alma, puede afectarla «con soberbia, avaricia, ira, envidia, etc., y poner odio injusto, amor vano, y engañar de muchas maneras» (3S 4,1). Y nada digamos de aquellos en los que reina como dueño y señor (cfr. más arriba 3.5; 4.5).

5.4. En el contexto histórico en que le tocó vivir a Juan de la Cruz le saltaba a los ojos el comportamiento de los nuevos iconoclastas. Refiriéndose a ellos precisamente escribe con una cierta dureza: «Pero hase de advertir aquí que no por eso convenimos, ni queremos convenir en esta nuestra doctrina con la de aquellos pestíferos hombres que, persuadidos de la soberbia y envidia de Satanás, quisieron quitar de delante de los ojos de los fieles el santo y necesario uso e ínclita adoración de las imágenes de Dios y de los santos, antes esta nuestra doctrina es muy diferente de aquélla» (3S 15,2). Acto seguido explica suficientemente la ortodoxia de su doctrina y la finalidad exacta del culto a las imágenes en la Iglesia. La soberbia y envidia de Satanás son las culpables de este confusionismo, siendo las cosas tan sencillas y el uso de las imágenes tan útil (3S 35,2-3).

5.5. Parece obligado en la síntesis sanjuanista que se nos dé «la tercera cautela *derechamente contra el demonio*», cifrándola en que «de corazón procures siempre *humillarte* en la palabra y en la obra, holgándote del bien de los otros como del de ti mismo y queriendo que los antepongan a ti en todas las cosas, y esto con verdadero corazón. Y de esta manera... echarás lejos el demonio y traerás alegría de corazón» (Cautelas, número 13). La cautela de la humildad va directa contra quien cayó por soberbia y es incapaz de ser humilde, porque está fuera de la verdad frente a Dios, frente a sí mismo y frente al hombre contra quien batalla.

5.6. Llamado a dictaminar sobre el espíritu de una carmelita descalza poco claro, Juan de la Cruz encuentra cinco defectos «para juzgarle por verdadero espíritu». El cuarto y «principal» defecto que descubre es «que en este modo que lleva no parecen *efectos de humildad*, los cuales cuando las mercedes son, como ella piensa, verdaderas, nunca se comunican de ordinario al alma sin deshacerla y aniquilarla primero en abatimiento interior de humildad». Si hubiera humildad se vería hasta en el estilo o modo de escribir.

Como remedio para que desaparezca el mal espíritu receta el siguiente: «...y pruébenla en ejercicio de las virtudes a secas, mayormente en el desprecio, *humildad* y obediencia, y en el sonido del toque saldrá la blandura del alma en que han causado tantas mercedes; y las pruebas han de ser buenas, porque *no hay demonio que por su honra no sufra algo*»²⁶.

VI. FUERTE

6.1. Aunque el doctor místico asegure que la malicia de que está revestido el demonio es pura flaqueza (cfr. más arriba 4.1), no deja de certificar y alertar acerca de la fortaleza, del poder del demonio. Ha consagrado, podemos decir poéticamente, esa fuerza de Satanás en el último verso de la canción tercera de su *Cántico*:

*Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras.*

6.2. El alma hace una afirmación solemne de sí y ante la urgencia de buscar a su Amado se ratifica en que no «bastarán a detenerla e impedirla este camino todas las fuerzas y asechanzas de los tres enemigos del alma, que son: mundo, demonio y carne» (CB 3,1).

²⁶ Me estoy refiriendo al pequeño escrito sanjuanista: *Censura y parecer*: Obras, pp. 1310-1312, donde doy los pocos datos históricos conocidos.

Por *los fuertes* entiende los demonios y los llama así «*porque ellos con grande fuerza procuran tomar el paso de este camino; porque también sus tentaciones y astucias son más fuertes y duras de vencer y más dificultosas de entender que las del mundo y carne, y porque también se fortalecen de estos otros dos enemigos: mundo y carne, para hacer al alma fuerte guerra*» (ibíd., 9). En las tres razones que da, las expresiones *fuerza*, *fuertes*, *fortalecerse* están subrayando ese poder diabólico.

6.3. Para documentarse mejor sobre la fortaleza diabólica recurre a la Escritura: «Y, por tanto, hablando David de ellos, los llama fuertes, diciendo: *...los fuertes pretendieron mi alma* (Ps 53,5). De cuya fortaleza también dice el profeta Job que *no hay poder sobre la tierra que se compare a éste del demonio, que fue hecho de suerte que a ninguno temiese*» (Job 41,24). Estamos de nuevo ante Leviatán (cfr. más arriba 4.1). Fray Luis de León en su traducción en tercetos dirá:

*No vive, ni en la tierra ni en los senos
hondísimos del mar tal terribleza,
de quien todos los miedos son ajenos*²⁷.

6.4. Aunque ni el texto del Salmo ni el de Job se refieran al diablo, es cierto lo que escribe a continuación de la última cita: «Ningún poder humano se podrá comparar con el suyo, y así sólo el poder divino basta para poderle vencer y sola la luz divina para poder entender sus ardides» (CB 3,9).

6.5. Si el poder divino es el único capaz de vencer a este enemigo tan fuerte, habrá que hacerse con ese poder, habrá que revestirse de él. El consejo de Juan de la Cruz más fundado esta vez en la Escritura suena así: «Por lo cual el alma que hubiere de vencer su fortaleza no podrá sin oración, ni sus engaños podrá entender sin mortificación y sin humildad» (ibíd., 9). La consigna es perfecta, teniendo en cuenta que los engaños, la

²⁷ *Exposición del libro de Job*, cap. 41, Obras Castellanas, BAC, Madrid, 1944, p. 1315. Luis de León no ve en Leviatán más que un «monstruo marino, más fiero y más desmedido que la ballena» (ibíd., p. 1311).

mentira, los trampantojos forman parte de la fortaleza que exhibe contra los pobres mortales.

6.6. En la Regla Carmelitana tenía Juan de la Cruz ya citados textos paulinos acerca de las armas a emplear contra el demonio²⁸; acordándose de ellos escribe en CB 3,9: «Que por eso dice san Pablo, avisando a los fieles, estas palabras, diciendo: *vestíos de las armas de Dios para que podáis resistir contra las astucias del enemigo, porque esta lucha no es como contra la carne y sangre* (Ef 6,11-12); entendiendo por la sangre el mundo, y por *las armas de Dios, la oración y cruz de Cristo* en que está la humildad y mortificación» (ibíd., 9).

6.7. La cruz de Cristo tiene ese poder en cuanto que fue el Crucificado y resucitado el único capaz de librarnos de tan fuerte enemigo, habiendo Dios en su Hijo hecho hombre «despojando los Principados y las Potestades, los exhibió públicamente, incorporándolos a su cortejo triunfal» (Col 2,15).

6.8. Comentando el santo algunos pasajes del salmo segundo, mesiánico, cita las palabras: «*Librará al pobre del poder del poderoso, y al pobre que no tenía ayudador*» (v.12). Refiriéndose al sentido o al valor espiritual de los textos comenta: «Y (Cristo) a los pobres que le habían de seguir, no sólo los había de *redimir y librar del poder del demonio, que era el potente contra el cual ningún ayudador tenían*, sino los había de hacer herederos del reino de los cielos» (2S 19,8).

6.9. De la unión con Dios, que se va haciendo cada vez más profunda, se le derivan al alma enamorada las cualidades de Dios y de Cristo. Entre éstas hay que contar *la fortaleza, la fuerza, el poder*.

Explicando el verso *de cuevas de leones enlazado* (CB 24) se habla del Esposo Cristo que mora y asiste unido con el alma en cada una de las virtudes «como fuerte león». Y añade: «Y la misma alma unida con él en esas mismas virtudes está también

²⁸ *Regla Carmelitana: XIV. De armis spiritualibus*, el combate espiritual. En VARIOS: *Un proyecto de vida; la Regla del Carmelo hoy*, Ed. Paulinas, Madrid, 1985, G. Helewa hace un buen examen bíblico de los textos, pp. 75-80.

como fuerte león, porque allí recibe las propiedades de Dios» (CB 24,4). Amparada por Dios y fuerte con su fortaleza, «no sólo no se atreven los demonios a acometer a la tal alma, mas ni aun osan parecer delante de ella por el gran temor que le tienen viéndola tan engrandecida, animada y osada con las virtudes perfectas en el lecho del Amado; porque estando ella unida en transformación de unión, tanto la temen como al mismo y ni la osan aun mirar. *Teme mucho el demonio al alma que tiene perfección*» (ibíd., 4). En uno de sus avisos (n.130) se dice también: «*El alma que está unida con Dios, el demonio la teme como al mismo Dios*».

6.10. Al final del *Cántico Espiritual*, el alma, ya en la cumbre de la perfección, se atreve a invocar al Amado y a pedir entrada en la bienaventuranza eterna, alegando, entre otras cosas:

Aminadab tampoco parecía.

El comentario al verso es una recreación perfecta de las luchas del alma cantora con el demonio, de su triunfo sobre él; de la incapacidad del maligno para impedir lo que pide: «El cual *Aminadab* en la Escritura divina (Cant 6,11) significa el demonio²⁹, hablando espiritualmente, adversario del alma; el cual la combatía y turbaba siempre con la innumerable munición de su artillería, porque ella no se entrase en esta fortaleza y escondrijo del interior recogimiento con el Esposo, donde ella, estando ya puesta, está tan favorecida, *tan fuerte, tan victoriosa* con las virtudes que allí tiene y con el fervor del abrazo de Dios, que el demonio no solamente no osa llegar, pero con grande pavor huye muy lejos y no osa parecer; y porque también, por el ejercicio de las virtudes y por razón del estado perfecto que ya tiene, de tal manera le tiene ya ahuyentado y vencido el alma, que no parece más delante de ella.

Y así, *Aminadab tampoco parecía* con algún derecho para impedirme este bien que pretendo» (CB 40,3).

El texto es largo pero sintentiza perfectamente qué derrota

²⁹ Ha expuesto esta misma idea anteriormente en CB 16,7: «entendiendo allí por *Aminadab* el demonio; llamando carros a sus embestimientos y acometimientos, por la grande vehemencia y tropel y ruido que con ellos trae». Igualmente en 2N 23,5.

puede infligir el alma fiel, humilde y perseverante, al fuerte y temido demonio, que queda reducido a la nada.

6.11. Es cierto que cada acto de virtud produce en el alma, además de otras cualidades, *la fortaleza*³⁰; pero para Juan de la Cruz la fortaleza, con la que vencerá la fortaleza del demonio, se encuentra primordialmente en *la fe*. Sin el menor titubeo sentencia Juan de la Cruz: «Para el demonio... la luz de la fe le es más que tinieblas» (2S 1,1: donde insiste en el poder de la fe contra el demonio).

Al describir las piezas de la librea con que se disfraza el alma enamorada, comienza diciendo: «La fe es una túnica interior de una blancura tan levantada, que disgrega la vista de todo el entendimiento. Y así, yendo el alma vestida de fe, no ve ni atina el demonio a empecerla, porque en la fe va muy amparada, más que en todas las demás virtudes, contra el demonio, que es el más fuerte y astuto enemigo. Que por eso san Pedro no halló otro mayor amparo que ella para librarse de él, que dijo: *cui resistite fortes in fide*» (1 Pe 5,9): al cual resistid *fuertes en la fe, firmes en la fe*.

6.12. Dentro de la dialéctica ángel bueno-ángel malo, los ángeles buenos se relacionan con las almas y las «amparan y defienden de los lobos, que son los demonios» (CB 2,3). Al llamar a los ángeles buenos *pastores* del alma, le viene espontáneo calificar a los malos de *lobos*.

Así la fortaleza del demonio, tan enflaquecida por la fe del alma que busca a su Amado, se ve atacada por el ángel bueno, amparador del hombre, que cumple así con su oficio, que es favorecer, ahuyentando los demonios (CB 16,2). Entre las armas de que se sirve el demonio como ostentación de su poder se cuentan los que Juan de la Cruz llama *miedos de las noches veladores* (CB 16, último verso). Con una pincelada finísima dice llamarlos así «por ser de los demonios», es decir, los demonios son *la noche*, la oscuridad, la tiniebla.

Están siempre velando por poner y aumentar el miedo, y a través del miedo procuran «difundir tinieblas en el alma, por oscurecer la divina luz de que goza» (CB 16,9).

³⁰ Cfr. 1S 12,5; CB 24,8.

VIII. VALORACIÓN FINAL Y SUGERENCIAS

7.1. La figura del demonio tal como la vio Juan de la Cruz desde su teología y desde su biblia, desde su experiencia personal y ajena, desde su ministerio pastoral y de exorcista, desde su penetración psicológica singular, desde su diabloanálisis, queda bastante bien esbozada, en mi opinión, a base de los rasgos de envidioso, mentiroso-engañador, malicioso-astuto, soberbio, fuerte, que hemos ido repasando. No es una investigación completa sobre su demonología, ciertamente.

7.2. Al comienzo de las *Cautelas* asegura que todas, las nueve que va a dar, no sólo las tres contra el diablo, son necesarias para «defenderse de las astucias y engaños del demonio» (n.1).

Más adelante, después de configurar uno por uno a los tres enemigos (n.2), advierte: «Para vencer a uno de estos enemigos es menester vencerlos a todos tres; y enflaquecido uno, se enflaquecen los otros dos, y vencidos todos tres, no le queda al alma más guerra» (n.3).

Esto quiere decir que la troika del mundo, demonio y carne marcha siempre de acuerdo, al trote y al galope; y hay que luchar contra los tres, sin perdonar a ninguno.

Quiere decir también que la doctrina sanjuanista relativa a los otros dos enemigos: mundo y carne, y a las dos virtudes teologales: esperanza y caridad, respectivamente, ha de iluminar no sólo el proyecto teologal completo que manda y priva en sus libros, sino todo su pensamiento demonológico, particularmente en lo que se refiere a la acción agresiva del demonio en el camino del alma.

Hablando de un modo integral: no es sólo la fe el arma resolutiva contra el demonio (cfr. más arriba 6.11); la fe no es el arma exclusiva ni excluyente, sino que también las otras dos virtudes teologales han de ser empleadas.

7.3. Juan de la Cruz es, sin duda, deudor de la teología de su tiempo y en concreto de la demonología reinante.

Enemigo jurado de milagrerías³¹, es lo más reacio en atribuir a Dios intervenciones, locuciones especiales, etc., como si el Altísimo no tuviera otra cosa que hacer sino contravenir a las leyes que él mismo ha establecido. Descalifica sin piedad a quienes bautizan «todo por de Dios» (2S 29,43; Censura y parecer, *lo quinto*).

7.4. No es nada propenso el santo en ver intervenciones diabólicas especiales-preternaturales en la vida de los creyentes, aunque insista en que a lo largo y ancho del recorrido espiritual «el demonio mete mucho la mano» en tantas cosas, y aunque recuerde fuertemente «cuántos daños les hacen los demonios» (3S 4,2). Todo esto es catalogable en la ordinaria administración del gran antagonista del hombre, que es el demonio.

7.5. Fuerte en su apuesta constante por los fueros de la razón y de la ley evangélica (2S 21,1,4-5), es un gran discernidor de situaciones oscuras o difíciles y no atribuye fácilmente, como vamos diciendo, las cosas al diablo.

Ejemplos:

- Así, cuando santa Teresa envía a fray Juan de la Cruz a Medina del Campo para examinar el caso de Isabel de san Jerónimo, a la que las monjas y también la Madre Teresa de Jesús creían endemoniada³², el santo se entrevista con la enferma, le hace unas cuantas preguntas de rigor y concluye con aplomo: «Esta hermana no

³¹ «Y así no es condición de Dios que se hagan milagros, que, como dicen, cuando los hace, a más no poder los hace» (3S 31,9).

³² Así lo cree CRISÓGONO: *Vida*, ed. cit., p. 128. EFRÉN: *Santa Teresa y su tiempo*, II.1, Salamanca, 1984, p. 357, trata de hacer ver que la santa la retenía simplemente enferma. Para mí el texto teresiano de la carta a Inés de Jesús en mayo de 1574 (ésa creo es la fecha justa, no la de 1573) habla claro de monja endemoniada; si no ¿a qué envía a Juan de la Cruz? No era médico ni curandero. La expresión teresiana «para que la cure», en un contexto en que se habla de los poderes del santo para echar demonios, no significa sino que la libre del demonio. Ana María, monja de la Encarnación, hablando de un caso de aquellos mismos días en que intervino el santo, dice cómo «a esta mujer endemoniada *curó* el santo padre fray Juan». Liberar a una endemoniada es curarla, aunque no tenga otra enfermedad (BMC 14, 301).

tiene demonio, sino falta de juicio»³³. El mismo aplomo con que en Avila, poco antes, en santa María de Gracia había dictaminado: «Señores, esta monja está endemoniada».

- En el caso de sor María de la Visitación, la monja de las llagas de Lisboa, que engañó a media cristiandad, llevado de su gran perspicacia y clarividencia³⁴, descubre que todo es un embuste gigantesco, y, como confesaría más tarde la interesada, no se trataba sino de mentira y ficción, sin haber intervenido compromiso ni táctico ni expreso con el demonio.
- Hablando de la melancolía exacerbada que atormenta a algunas personas, afirma que «es de haberlas lástima, porque padecen vida triste; porque llega a tanto en algunas personas este trabajo, cuando tienen este mal humor, que les parece claro que sienten tener consigo acceso el demonio, sin ser libres para poderlo evitar, aunque algunas personas de éstas pueden evitar tal acceso con grande fuerza y trabajo»³⁵. Es claro que aquí no hay que emplear exorcismos y, como se ve, acierta a distinguir entre lo que es *parecerle* a alguien «tener

³³ CRISÓGONO, *ibid.*; EFRÉN, *ibid.*

³⁴ El discernimiento de Juan de la Cruz es total en el caso: cfr. CRISÓGONO: *Vida*, ed. cit., pp. 305-306. Y no se puede erosionar o rebajar su clarividencia y acierto, como hace prácticamente Alvaro HUERGA en su estudio preliminar a *Fray Luis de Granada, Historia de Sor María de la Visitación y Sermón de las caídas públicas*, Barcelona, 1962, pp. 77-78. Algo que no he visto recordado en este asunto, y que el cronista de la Orden detalla (Francisco de SANTA MARÍA: *Reforma*, II, 6, 41, 1-7), es la intervención de la famosa priora de las descalzas de Sevilla, María de San José, quien ya antes de ir a Portugal desconfiaba grandemente de las cosas de la priora de la Anunciada. Yendo de fundadora a Lisboa se hospedó en las dominicas y se convenció plenamente de los embustes de María de la Visitación. En cierta ocasión le arrancó la toca, «con varonil determinación la destocó y echó de ver que no había señal alguna en la cabeza de las que se publicaban». Lo mismo averiguó de la llaga del costado. Escribió al príncipe Alberto lo que pasaba, pero no le hicieron caso. Todo esto sucedía a últimos de 1584 y primeros de 1585.

La estancia de San Juan de la Cruz en Lisboa fue en mayo de 1585, con ocasión del Capítulo provincial de los Descalzos.

³⁵ 1N 4,3. En *Obras*, en la nota 3, p. 528, explico suficientemente qué significa *acceso* y cómo parece referirse a *ayuntamiento carnal*, imaginado obsesivamente, con demonio íncubo o súcubo que sea.

consigo acceso el demonio», y lo que es tenerle de hecho, cosa que el santo, en el caso, no admite. Una cosa es la melancolía rabiosa con su *anatomía* examinada por Robert Burton (1577-1640), y otra es la acción diabólica hasta esos extremos. Y la melancolía, dirá Juan de la Cruz, se cura en ese grado con una buena noche oscura (1S 4,3), y, según Burton, en la última página de su libro, la melancolía se cura viviendo la caridad fraterna tal como la presenta san Pablo en su himno triunfal: 1 Cor 13,1-7³⁶.

7.6. Juan de la Cruz, gran pedagogo y formador de su familia carmelitana, se inspiró constantemente en los criterios de la pedagogía divina, que él analiza cuidadosamente. Criterios de *orden, suavidad, acomodación al modo de ser de las personas* (2S 17,2-7).

Por eso se cuestionaba grandemente ante el tipo de educación religiosa en la que florecen la bronquedad, la agresividad, la indelicadeza, «los palos». Rigores tan irracionales, en su opinión, no conducen más que a hacer que los religiosos vengán «a quedar pusilánimes para emprender cosas grandes de virtud, como si se hubieran criado entre fieras»³⁷. De esta acción educadora (más bien deseducadora), ¿qué se puede esperar; mejor, qué se puede temer?

Eliseo de los Mártires, que le conoció bien, responde: «Y decía fray Juan de la Cruz que se podía temer ser *traza del demonio* el criar los religiosos de esta manera; porque criados de este temor, no tengan los superiores quien les ose avisar ni contradecir cuando erraren»³⁸.

De aquí a que llegue a reinar el vicio de la ambición no hay ni un centímetro. Y el santo daba suficientes ejemplos (Dictámenes 17, 18, 19).

7.7. Si la pedagogía excesivamente rigorista y destemplada merecía su reprobación y su relación con el maligno, cuya

³⁶ Robert BURTON (1577-1640): *The anatomy of melancholy by Democritus Junior*, Oxford, 1621.

³⁷ Eliseo de los MÁRTIRES: *Dictámenes de espíritu: nn. 15-16*, en *Obras del santo*, pp. 1323-1324.

³⁸ *Ibid.*, n. 17, p. 1324.

«mano» veía en todo ello, su enjuiciamiento de la ambición, consecuencia de los métodos empleados, es durísimo: «Decía del vicio de la ambición que en gente reformada es casi incurable, por ser el vicio más envicionero de todos» y por ser «tan poderoso y pestilente, que hace a los que posee tales pecadores, que de sus vidas y enredos viene a hacer *el demonio* una argamasa que pone en confusión a los confesores, aunque sean muy sabios, porque pican en todos los vicios»³⁹.

7.8. Aunque en la vida de Juan de la Cruz, exorcista de fama en sus días, se lean cosas peregrinas acerca de los malos tratos que le da el demonio⁴⁰, de los insultos que le propina⁴¹, de duendes o diantres que travesan⁴², etc., no llega ni con mucho a lo que se lee en la vida de su hermano Francisco de Yepes. Federico Ruiz acaba de hacer una comparación entre Juan de la Cruz y Francisco de Yepes en su amor a la noche cósmica y a su estilo de salir al descampado, al campo, a hacer la oración durante la noche⁴³.

Se podría hacer también la comparación entre los dos hermanos como copleros o troveros y como hombres de sentencias y dichos de luz y amor. El aspecto «demoníaco» de sus biografías coincide sólo en algunas cosas⁴⁴. Por referirme ya sólo a Francisco, el demonio le trae a mal traer. Toda una recreación zoológica y un triunfo del disfraz. Se le mete en la cama y ronca como un oso estepario⁴⁵. Se le aparecen los demonios

³⁹ *Ibid.*, n. 3, p. 1319.

⁴⁰ CRISÓGONO: *Vida*, ed. cit., p. 128.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 198, 257-258, 288.

⁴² *Ibid.*, pp. 202-203.

⁴³ *El símbolo de la noche*, «Revista de Espiritualidad», 44 (1985), 89-90. Cuando aquí nos referimos a la biografía de Francisco estamos remitiendo a José de VELASCO: *Vida y virtudes del venerable varón Francisco de Yepes*, 2.^a ed., Valladolid, 1617, 428 pp.

⁴⁴ Además de lo que se cuenta en las biografías sanjuanistas, se puede uno documentar especialmente dando un repaso a las declaraciones de los Procesos: en las respuestas a la pregunta 16 del Proceso Informativo y en las respuestas a la pregunta 13 del Proceso Apostólico. Pueden verse en BMC 14, pp. 16-17; 26; 52; 63-64; de Inocencio de San Andrés; 112; 138; 190; de Florencia de los Angeles; 198-199; de Ana de San Alberto; 205; 284; 300-301; 376-380; de Alonso de la Madre de Dios; 419. Asimismo en BMC 13, pp. 360, 388, 391-392, 399, 411.

⁴⁵ Es pintoresca la descripción que hace José de Velasco de la defensa de Francisco: «No se turbó, antes con gran ánimo le daba de golpes y le pellizcaba, procurando echarle de sí. Pero a quien no hacían

en las más diversas formas: macho cabrío, abejones y moscas, nubes y nubes de mosquitos, moscardones, gansos, perro grande como un pollino, lobos hambrientos, enjambre de abejas, jumentos, osos, lechones, caballos, bueyes, gato con ojos centelleantes. Andan en gavillas, en tropas, metiéndole miedo, haciendo grandes bravatas, amenazándole de muerte, desencadenando tempestades, le atormentan con ruidos en arcas y paredes y con toda clase de estrépitos, le arrebatan por los aires y le dejan en cierta ocasión camino de Olmedo en lo alto de un pino, donde estuvo tres días y dos noches, sin dejarle bajar de allí en pleno invierno y todo nevado. Se registran todavía otros disfraces de Satanás: de Nuestra Señora, de hombre feo, negro y desaharrado y sucio de estatura gigante; de mujer galana y hermosa que le tienta despiadadamente. El diablo le tienta asimismo para que se suicide, ahorcándose o echándose en un río, en un pozo. Le insulta despectivamente llamándole: *Yepezuelos*⁴⁶.

7.9. Para sacar a Francisco de un gran apuro de tentaciones, de desconsuelo y de tristeza y un mar de escrúpulos, Dios «envióle a su santo hermano, el padre fray Juan de la Cruz, el cual se le apareció con mucha luz, y con las palabras de consuelo que le dijo, le alentó mucho y hinchó su alma de mucho gozo, desterrando las tinieblas de las tentaciones de Satanás de su corazón, y al demonio que le atormentaba»⁴⁷.

7.10. Me hubiera gustado saber cómo enjuiciaba Juan de la Cruz ese trasmundo de visiones y revelaciones en que vivió su hermano Francisco y cómo habría discernido el universo demoníaco que le envolvía. Ya el biógrafo José de Velasco se esfuerza, en tres capítulos finales⁴⁸, por aclarar las dificultades y dudas que se ofrecían acerca de las cosas de su biografiado, pero no sé si lo consigue.

mella los fuegos y martilladas del infierno, menos le harían los pellizcos que le daba el siervo de Dios, el cual no sosegaba, viendo tal huésped cabe sí. Comenzó a llamar al buen Jesús, y a su santísima Madre, para que le echasen de allí, pero él no hacía movimiento más que una peña» (p. 50).

⁴⁶ Trata de todo este mundo de cosas a lo largo de la biografía, pero especialmente en el lib. 1.º, cc. 10, 11 y 12 (pp. 46-63).

⁴⁷ *Ibid.*, p. 55.

⁴⁸ *Ibid.*, lib. 5.º, cc. 10, 11 y 12, pp. 412-424.

Frente a esta frondosidad de casos y cosas en su propia familia, sorprende una vez más la sobriedad y el acompasamiento de Juan de la Cruz, sin dejar de pertenecer a su siglo.

7.11. Desde el punto de vista doctrinal, se podría comparar al santo con uno de sus discípulos y dirigidos: don Juan de Horozco y Covarrubias, arcediano de Cuéllar en la santa Iglesia de Segovia, más adelante obispo de Agrigento, en Sicilia, y de Guadix, en España, donde murió en 1610⁴⁹. En su libro *Tratado de la verdadera y falsa profecía*, Segovia, 1588, habla constantemente del demonio y de sus ardidés, apariciones, falsas profecías, etc., y lo hace para desvelar las invenciones y enredos del maligno. Leído el libro de Covarrubias, que tiene no pocos valores, añoramos de nuevo la sobriedad y el criterio superior de Juan de la Cruz.

7.12. «Más de una vez se ha dicho, y no sin razón, que la primera y mayor argucia del diablo consiste en negarse a sí mismo; que el mejor presupuesto para que él logre sus objetivos es poner en duda o negar su existencia»⁵⁰.

En el libro *Cartas del diablo a su sobrino*, el autor G. S. Lewis, profesor de la Universidad de Cambridge, anota en el prefacio: «En lo que se refiere a los diablos, la raza humana puede caer en dos errores iguales y de signo opuesto. Uno consiste en no creer en su existencia. El otro, en creer en los diablos y sentir por ellos un interés excesivo y malsano. Los diablos se sienten igualmente halagados por ambos errores, y acogen con idéntico entusiasmo a un materialista que a un hechicero»⁵¹.

Juan de la Cruz, desde su campo más específico de la espiritualidad, ha sabido quedarse en el justo medio. No ignora ni la existencia ni la acción malévola de Satanás, en las que cree, como cree en él. No le tiene tampoco temor indebido ni se siente obsesionado ni acomplejado ante él. Su pensamiento de-

⁴⁹ En CRISÓGONO: *Vida*, ed. cit., c. 18, p. 357, da Matías una breve noticia. Puede verse también en *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, III, Madrid, 1973, pp. 1842-1843, la pequeña bio-bibliografía escrita por R. M. de Hornedo.

⁵⁰ Damasus ZÄHRINGER en *Mysterium Salutis*, vol. II, t. II, Madrid, 1970, p. 1097.

⁵¹ Versión española, Madrid, 1977, p. 23.

monológico, que es abundante, refleja su criterio equilibrado y su realismo.

7.13. Explorador de las profundidades de la persona humana, al acompañarla en su recorrido espiritual, como verdadero mistagogo, se ha visto sorprendido por la figura sombría de Satanás, por su «turbadora presencia» (2N 23,4). No escribe sobre el demonio por el gusto de escribir, sino para ayudar a las almas, para precaverlas y avisarlas de sus asechanzas y astucias, y más que dar muchas normas teóricas para distinguir lo bueno de lo malo (2S 16,14; 2S 26,18), le gusta cortar por lo sano urgiendo la vivencia teologal de la fe, esperanza y caridad.

También su demonología tiene el carácter de apostolado y dirección espiritual, motivaciones últimas de sus escritos (confróntese *Subida*, prólogo: nn. 3-7).

Si se arrancasen de sus libros las páginas que directa o indirectamente tratan del demonio, se perderían no pocos tesoros y habría que hacer una relectura muy diversa. El cuadro luminoso de su magisterio escrito no sería tal sin la sombra de Satanás. También aquí habrá que aplicar a los lectores la comparación del propio Juan de la Cruz cuando enseña a mirar un cuadro o una imagen, cuyas excelencias se captan conforme a la potencia visual que cada uno tenga (2S 5,9).

7.14. Como testimonio de primordial importancia hay que retener las afirmaciones de Juan de la Cruz acerca de lo que podemos llamar *experiencia mística del demonio*. No la que tiene él, sino la que se tiene de él, de su existencia, de sus condiciones o cualidades, de sus actividades siniestras.

Con su doctrina aporta algo sumamente válido para la experiencia existencial del mundo de los ángeles buenos y malos, que no hay que dar por liquidados o inexistentes o inoperantes tan fácilmente.

7.15. Por lo que se refiere a esa *experiencia mística del demonio*, se pueden leer, sobre todo, las páginas que dedica en 2N c.23 a comentar el verso *a oscuras y en celada*.

Va aclarando sus conceptos con cierta progresión y adherencia a diversas circunstancias:

- por ir a oscuras, es decir, caminando en fe, va el alma «encubierta y escondida del demonio y de sus asechanzas» (n. 1);
- la contemplación infusa que se le da, la va librando del demonio por dársele libre de sentidos y potencias de la parte sensitiva, ya que el demonio si no es por medio de tales potencias «no puede alcanzar ni conocer lo que hay en el alma y lo que en ella pasa» (n. 2).

La proporción es inversa: cuanto más espiritual es la comunicación divina, tanto menos el demonio alcanza a entenderla, a darse cuenta de ella, y tanto más segura va el alma en su trato interior con Dios.

7.16. Las situaciones a distinguir son diversas:

Muchas veces, aunque el demonio no pueda llegar a captar directamente esas comunicaciones espirituales tan interiores y secretas, por algunos indicios⁵² echa de ver o sospecha que las hay y entonces «hace cuanto puede por alborotar y turbar la parte sensitiva, que es donde alcanza, ahora con dolores, ahora con horrores y miedos, con intento de desquietar y turbar por este medio la parte superior y espiritual del alma, acerca de aquel bien que entonces recibe y goza» (n. 3).

7.17. *Muchas veces*⁵³ no le sirven para nada sus artimañas, «antes el alma entonces recibe nuevo provecho y mayor y más segura paz» (n. 4). El santo deja constancia de ese mayor beneficio recibido diciendo: «Porque en sintiendo la turbadora presencia del enemigo, ¡cosa admirable!, que sin saber cómo es aquello y sin ella hacer nada de su parte, entra ella más adentro del fondo interior, sintiendo ella muy bien que se pone en cierto refugio, donde se ve estar alejada del enemigo y escondida, y así aumentársele la paz y el gozo que el demonio le pretende quitar» (n. 4). El temor se queda fuera, «le cae por defuera», dice gráficamente, y nada en gozo, y paz, y seguridad

⁵² Estos son «la gran pausa y silencio que causan algunas de ellas en los sentidos y potencias de la parte sensitiva» (2N 23,3).

⁵³ Puntualiza así: «cuando la comunicación de la tal contemplación tiene su puro embestimiento en el espíritu y hace fuerza en él» (2N 23,4).

interior, y fortaleza, «y sabor del Esposo escondido» (n. 4). La presencia del enemigo defraudado parece que aumenta la satisfacción.

7.18. *A veces*, sin embargo, cuando la comunicación espiritual no es tan interior, sino que participa en el sentido, tiene el demonio más mano para turbar «el espíritu y alborotarle por medio del sentido con estos horrores; y entonces es grande el tormento y pena que causa en el espíritu, y algunas veces más de lo que se puede decir; porque como va de espíritu a espíritu desnudamente, es intolerable el horror que causa el malo en el bueno, digo en el ánima, cuando la alcanza su alboroto» (n. 5). Ya la descripción sabe a experiencia padecida y da cierto escalofrío ante ese, no cuerpo a cuerpo, sino espíritu a espíritu. Para expresarlo hoy tendríamos que recurrir a ciencia ficción o a ciertos poderes fulmíneos de seres llegados de otras galaxias, con ondas, rayos exterminadores, etc.

7.19. De cómo interviene Satanás cuando Dios hace mercedes al alma por medio del ángel bueno ya hemos hablado anteriormente: 4.4.

A lo dicho allí hay que añadir que cuando se trata de comunicaciones espirituales, es decir, sin forma y figura, el demonio para impugnar al alma «al mismo modo que el alma es visitada, representale su temeroso espíritu para impugnar y destruir espiritual con espiritual» (n. 8).

A veces, el alma no tiene tanta rapidez como para ponerse «en lo espiritual y celada de la contemplación», y entonces el demonio la «alcanza de vista con algún horror y turbación espiritual, a veces harto penosa para el alma» (n. 8). Otras veces logra el alma recogerse a tiempo, «favorecida para esto de la eficaz merced espiritual que el ángel bueno entonces le hace» (n. 8).

7.20. El último caso que cuenta o historia hay que seguirlo literalmente en esa especie de diario de guerra que nos ofrece:

«Otras veces prevalece el demonio y comprende al alma la turbación y el horror, lo cual es al alma de mayor pena que ningún tormento de esta vida le podría ser; porque como esta

horrenda comunicación va de espíritu a espíritu algo desnuda y claramente de todo lo que es cuerpo, es penosa sobre todo sentido; y dura esto algún tanto en el espíritu; no mucho, porque saldría el espíritu de las carnes con la vehemente comunicación del otro espíritu; después la memoria que queda aquí basta para dar gran pena» (n. 9).

Esta *horrenda comunicación* es parte de la noche pasiva del espíritu, y el alma no ha sido «parte en hacer y deshacer acerca de ello» (n. 10). Más bien ha sido como el sujeto paciente de ese horror de muerte y destrucción infernal.

Como quien sentencia acerca de la intencionalidad de Dios al permitir todas estas pruebas a par de muerte, escribe: «Pero es aquí de saber que cuando el ángel bueno permite al demonio esta ventaja de alcanzar al alma con este espiritual horror, hácelo para purificarla y disponerla con esta *vigilia* espiritual para alguna gran *fiesta* y merced espiritual que la quiere hacer el que nunca mortifica sino para dar vida, ni humilla sino para ensalzar (1 Reg 2,6-7), lo cual acaece de allí a poco» (n. 10). El horror del espíritu malo sirvió para sutilizar el alma y así gozar más y mejor «de admirable y sabrosa contemplación espiritual, a veces tan subida, que no hay lenguaje para ella» (n. 10).

7.21. Cuando se examinan atentamente todas estas incidencias y se recuerda que Satanás no es omnipotente, sino sometido a quien lo venció con su cruz y que regala su triunfo a sus fieles, y que este ángel caído y vencido puede intervenir según la permisión divina (2N 23,6, y más arriba: 4.4), se ve una vez más el valor que Juan de la Cruz atribuye a aquel viejo principio: Dios sabe «tan sabia y hermosamente sacar de los males bienes, y aquello que fue causa del mal ordenarlo a mayor bien» (CB 23,5; CA 28,4).

7.22. En este nuestro mundo, en el que se asiste a la eclosión y expansión de lo carismático, dentro y fuera de la Iglesia católica, y cuando hay que seguir en la tarea discernidora de los espíritus y de los movimientos, hay que contar con la posible acción diabólica empeñada siempre en el mal y en sembrar tinieblas.

Aunque hace ya diez años que la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos escribió su Declaración sobre el movimiento

carismático, siguen teniendo vigencia sus indicaciones: «Es igualmente importante volverse hacia los grandes santos y maestros de la vida espiritual, cuya experiencia propia, bajo la dirección del Espíritu Santo, ha legado a la Iglesia un rico tesoro de discernimiento y de sabiduría. Entre éstos se destacan santos como Gregorio el Grande, Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila y *Juan de la Cruz*»⁵⁴.

Lo mismo, y más, se diga cuando se trata de sentenciar acerca de pretendidas visiones o revelaciones. No se puede impunemente olvidar la posibilidad del engaño diabólico, aparte el engaño humano que pueda haber, en un mundo en el que podemos decir que hay poca fe y demasiadas creencias en manifestaciones del más allá. Pocos guías más expertos que Juan de la Cruz en estas coyunturas.

7.23. En tiempos pasados, en concreto en el de Juan de la Cruz, se atribuían demasiadas cosas al demonio. Acaso ahora se le atribuyan demasiado pocas. Guía para discernir seguirá siendo el doctor místico, quien hoy, ciertamente, recurriría a los adelantos de las ciencias psicológicas, de la medicina, de todo lo humano, para dar a Dios lo que es de Dios, al diablo lo que es del diablo y a la ciencia lo que es de la ciencia, aquilatando hasta el máximo lo que es de la razón, como ya exigía en su tiempo (2S 21,4).

7.24. *Finalmente*, una palabra más sobre la esperanza.

A pesar de la malicia desbordante, Juan de la Cruz era optimista, porque realista y porque profundamente cristiano (cfr. más arriba: 4.6). No deja de ser llamativo que al hablar de la esperanza y de la purificación de la memoria, hable tanto del demonio (3S 3,1; c.4 todo él; c.6, n.2; c.8, n.1; c.9, n.2; c.10 entero; c.13, n.8).

Optimista y realista, como digo, para fundamentar y alentar el vuelo de la esperanza, quiere hacer entender a las personas espirituales el daño que les puede hacer el demonio por vía de las aprehensiones naturales de la memoria (3S 4). Ya hemos transcrito algún fragmento de este capítulo (más arriba: 5.3).

⁵⁴ Cfr. *Orientaciones pastorales sobre el movimiento carismático en los Estados Unidos*, en «Ecclesia», n. 1735, 12 de abril de 1975, pp. 16-20; el paso citado en la p. 17.

La insistencia del santo se basa en un principio de su demonología, en el que se integra también una verdad antropológica contrastada desde su grande experiencia psicológica: «el demonio no puede nada en el alma si no es mediante las operaciones de las potencias de ella, principalmente por medio de las noticias, porque de ellas dependen casi todas las demás operaciones de las demás potencias» (3S 4,1). Puesto este principio, la conclusión es palmaria: «de donde, si la memoria se aniquila en ellas, el demonio no puede nada, porque nada halla de donde asir, y sin nada, nada puede» (ibíd.).

Repasando los provechos que se siguen al alma del olvido y vacío recomendado, recoge el fruto contrario al daño apuntado: «líbrase de muchas sugestiones y tentaciones y movimientos del demonio, que él por medio de los pensamientos y noticias ingiere en el alma» (3S 6,2).

7.25. Las noticias de cosas sobrenaturales traen también sus daños cuando no se las controla debidamente. Entre otros daños: «el demonio tiene mucha mano para le engañar (al hombre) por medio de las dichas aprehensiones» (3S 8,2). Expandiéndose en la descripción de este daño alude a la transfiguración en *ángel de luz* (más arriba: 3.10). La malicia del demonio es aquí redomada porque para salirse mejor con la suya «suele él sugerir y poner gusto, sabor y deleite, en el sentido acerca de las mismas cosas de Dios, para que el alma, enmelada y encandilada en aquel sabor⁵⁵, se vaya cegando con aquel gusto y poniendo los ojos más en el sabor que en el amor, a lo menos ya no tanto en el amor, y que haga más caso de la aprehensión que de la desnudez y vacío que hay en *la fe y esperanza y amor de Dios*, y de aquí vaya poco a poco engañándola y haciéndola creer sus falsedades con gran facilidad» (3S 10,2).

Los caminos súbdoles por los que el demonio va socavando la vida teologal, y más directamente la esperanza, quedan claros.

7.26. Malicia grande la del enemigo, que sabe tanto de virtudes teologales y que viviendo desesperado trata de impron-

⁵⁵ Todo lo que dice Juan de la Cruz sobre el arte del *encandilamiento*: 1S 8,3-7; 2N 16,12, es perfectamente aplicable al demonio, gran maestro en este menester.

tar al hombre con su desesperación y desesperanza; pero, como solía decir Juan de la Cruz, no «hay demonio transfigurado en ángel de luz que, bien mirado, no se eche de ver quién es»⁵⁶.

7.27. La esperanza del triunfo se nutre de aquella bienaventuranza sanjuanista: «¡Dichosa el alma que supiere pelear contra aquella bestia del Apocalipsis (12,3), que tiene siete cabezas, contrarias a estos siete grados de amor, con las cuales contra cada uno hace guerra, y con cada una pelea con el alma en cada una de estas mansiones, en que ella está ejercitando y ganando cada grado de amor de Dios!» (2S 11,10)⁵⁷.

7.28. Para terminar, recuerdo que no sólo en su magisterio escrito, sino también en el oral o hablado, Juan de la Cruz insistía dando esperanza a base de las coordenadas de la conducta eterna de Dios: generosidad y fidelidad, acercamiento constante al hombre: «Decía el santo, refiere el P. Alonso (el asturicense), que cuanto el demonio inventaba cada día de sainetes para que los hombres ofendiesen más a Dios y llevar más al infierno, Dios nuestro Señor más se humanaba cada día con los hombres y les mostraba favores más extraordinarios para atraerlos a su amor»⁵⁸.

7.29. El *humanarse* de Dios con los hombres es algo tan actual y tan definitivo que no tiene ocaso.

Nuevos gestos de *humanización* serían, para usar una comparación sanjuanista, como destellos que se levantan del madero incandescente centelleando y flameando (LB, prólogo, 3).

Si hay algo grabado a fuego en el magisterio sanjuanista es la misión salvadora e insustituible de Cristo, en quien se epifanizan las condiciones-cualidades-atributos de Dios⁵⁹, de modo

⁵⁶ Eliseo de los MÁRTIRES: *Dictámenes de espíritu* n. 22, en *Obras del santo*, p. 1324.

⁵⁷ En *Encuentro* (Zaragoza), n. 36, junio 1984, pp. 7-13, he hecho un largo comentario a esta bienaventuranza sanjuanista. Cfr. en *Obras*, p. 278, nota 4, la relación de «las siete mansiones» sanjuanistas con las siete moradas del *Castillo Interior* de Santa Teresa.

⁵⁸ BN-Madrid, ms. 13460, fol. 90r. La doctrina concuerda, como se ve, con *Dichos de Luz y Amor*, n. 1.

⁵⁹ Cfr. particularmente el *Romance sobre el evangelio «in principio erat Verbum» acerca de la Santísima Trinidad* (versos 251-258).

que Cristo es el Dios humanado (2S 22,6) que el Padre nos ha dado como «hermano, compañero y maestro, precio y premio» (ibíd., 5), y como libertador de Satanás (2S 19,8; cfr. más arriba: 6.7 y sigs.)⁶⁰.

La realidad cumplida de las promesas es generadora constante de la esperanza, ya que la mano de Dios no se ha abreviado (Is 59,1), ni se abreviará en este campo de la liberación y del triunfo sobre la malicia, como no se ha abreviado en el ámbito de las altas comunicaciones de Dios a quienes creen y esperan en él y le aman sin límites (LB 1,15).

⁶⁰ Cuando en *Oración de alma enamorada* (Obras, pp. 115-116) se dice: «...los ángeles son míos», ¿está sólo aludiendo Juan de la Cruz a los ángeles buenos o también incluye a los ángeles malos, como a ángeles sujetos al alma porque los ha sujetado y vencido Cristo Jesús? Creo que se refiere a buenos y malos; de hecho en San Juan de Avila (carta 20) (de donde parece toma nuestro santo la inspiración para su *Oración de alma enamorada*) se dice: «... vuestros los demonios y los infiernos, porque los hollaréis como esclavos y cárcel», y antes ha dicho: «son vuestros mis ángeles, para defenderos» (cfr. Juan de AVILA: *Obras Completas*, t. 5: *Epistolario*, BAC, Madrid, 1970, p. 149). Juan de la Cruz en el resumen que hace del texto avilino encierra en la palabra «ángeles» a buenos y malos.